

Facultad de Psicología - Universidad de la República

Trabajo Final de Grado – Monografía

*“El lugar del silencio, la palabra y la voz
en el campo psicoanalítico”.*

Estudiante: Stella Maris Lucero Colina

Tutor/a: Prof.Adj.Mag. Gabriela Bruno Cámares

Montevideo - Uruguay

Mayo - 2018

Resumen

El presente trabajo de carácter monográfico se despliega en torno a la palabra, la voz y el silencio abordado desde el psicoanálisis. Para ello se realizó una aproximación a dichas nociones y a lo producido en relación a la temática a través de una revisión bibliográfica de las diferentes teorizaciones. Se tomaron autores claves de la teoría psicoanalítica como Sigmund Freud, Jacques Lacan, Donald Winnicott y significativos aportes de autores contemporáneos tales como Juan David Nasio, Ana María Gómez, entre otros.

Se exponen producciones teóricas en torno a la palabra, su función en la constitución del psiquismo y algunas de sus connotaciones en el espacio analítico. Se destaca la voz, como una de las vías de instrumentación de la palabra. De igual forma se realiza un acercamiento respecto al silencio, en tanto, su incidencia en la constitución del psiquismo y las formas en las que se despliega en el ámbito clínico.

Palabras claves: Palabra -Voz- Silencio- Psicoanálisis.

Índice:

Introducción	4
Capítulo 1: La palabra y la voz en psicoanálisis.	
1. El lugar de la palabra en psicoanálisis: Sigmund Freud.....	5
1.1. Otro aporte al lugar de la palabra: Jacques Lacan.....	7
1.2. La palabra y el lenguaje en la constitución del psiquismo.....	9
1.3. La voz y su lugar en el psicoanálisis.....	13
Capítulo 2: El silencio y sus connotaciones desde el psicoanálisis.	
2. Generalidades sobre el silencio en psicoanálisis.....	19
2.1. El silencio en la constitución psíquica.....	20
2.2. El silencio en el espacio analítico.....	23
Reflexiones finales	27
Referencias bibliográficas	29

Introducción:

El presente trabajo de carácter monográfico se origina a partir de las siguientes interrogantes: ¿Qué lugar se le otorga a la palabra y a la voz en el psicoanálisis?, ¿Qué relación establecen con el lenguaje?, ¿Qué papel desempeñan en el desarrollo psíquico?

De acuerdo al estatuto que se le otorga a la palabra... ¿Qué sucede entonces cuando el paciente está en silencio?, ¿A qué se debe este silencio?, ¿Cómo se trabaja con el silencio del paciente en la clínica psicoanalítica?

En respuesta de las mismas, se despliega la importancia de la palabra y el lenguaje para el psicoanálisis así como su relación con la voz y la función que estos elementos poseen para la constitución del sujeto. Se aborda el lugar del silencio, la voz y la palabra en espacio analítico, lo cual implica ampliar la mirada sobre conceptos que puestos en relación, se tornan heterogéneos.

En el primer capítulo se realiza una aproximación al lugar de la palabra en la teoría psicoanalítica a través de sus inicios a partir de Freud y posteriores aportes de Lacan en relación al lenguaje. Además se conjugan dichos aportes a la comprensión de la constitución psíquica, con el trabajo de autores como Aulagnier y Janin. Se introduce el elemento de la voz, que es otro de los componentes que adquiere relevancia en lo que concierne a su relación con la palabra y ha sido desarrollado en relación a la teoría psicoanalítica por autores como Assoun, Vasse, y Gómez.

En el segundo capítulo se realiza una exposición sobre el silencio, su lugar en el psicoanálisis, tomando los aportes desarrollados por Fliess, Nasio, y en cuanto a su función en el desarrollo del psiquismo, a través del trabajo realizado por Winnicott donde se vislumbra la posibilidad de un trabajo psicoanalítico desde el silencio.

Por último, en las reflexiones finales se señala la importancia de la palabra para el psicoanálisis y sus alcances dentro del espacio analítico, como así también el desafío de abordajes donde es posible trabajar con el silencio del paciente. Se reconocen los límites donde la palabra no puede ser encontrada pero determina y ejerce sus efectos. Se destaca además la importancia de continuar profundizando en el tema y la necesidad de investigación en el mismo lo cual enriquecería tanto la labor del analista como la producción de conocimientos en torno a la temática.

Capítulo 1: La palabra y la voz en psicoanálisis.

1. Lugar de la palabra para el psicoanálisis: Sigmund Freud.

“La pequeña brizna, la aguja del pajar es desde Freud: la palabra plena, desde Lacan: el significante (...) por el trabajo de la censura hay voces que resuenan pero no se dicen”. (Gómez, 1999)

Ante la interrogante: ¿Qué lugar ocupa la palabra en relación a la teoría psicoanalítica?, resulta indispensable remontarse a los momentos inaugurales de la teoría, donde la palabra cobra protagonismo.

En el trabajo realizado “Estudios sobre la histeria” por Breuer y Freud (1992/1893), quedan en evidencia los efectos de la palabra del paciente en el tratamiento hipnótico catártico, al cual la misma paciente, Anna O. posteriormente llamó “the talking cure” (cura por el habla).

Se constató que el trauma psíquico es el causante de los síntomas histéricos observando que tanto el hecho traumático como el recuerdo del mismo, tienen efectos perdurables en el tiempo, aún en el presente del paciente. Entonces, en la cura por medio del habla, la palabra es la llave de acceso a los recuerdos latentes. (Breuer y Freud, 1992/1893)

Descubrimos, en efecto, al comienzo para nuestra máxima sorpresa, que los síntomas histéricos singulares desaparecían enseguida y sin retornar cuando se conseguía despertar con plena luminosidad el recuerdo del proceso ocasionador, convocando al mismo tiempo el efecto acompañante, y cuando luego el enfermo describía ese proceso de la manera más detallada posible y expresaba en palabras el afecto. (Breuer y Freud, 1992/1893 p.32).

Lo que explica que los síntomas de la histeria desaparecían, al tiempo que el recuerdo era evocado mediante las palabras, es que el mismo era acompañado de afecto, lo que permitía la actualización de la vivencia traumática. En este sentido, la palabra representa el habla, el decir del paciente, su vocalización.

En los posteriores trabajos de S. Freud (1991/1912) se desarrolla la premisa que se constituyó como la regla fundamental del análisis, en la cual se dirigía al

paciente la siguiente consigna: “refiera todo lo que se le ocurra sin crítica ni selección previa” (Freud, 1991/1912. p.112), dando paso a la técnica que devino en llamarse: asociación libre.

Cuando las asociaciones libres se deniegan, implica que puede estar operando el fenómeno transferencial. En la transferencia, se pone en relieve la necesidad de amor no satisfecha de manera exhaustiva en el paciente, quien volcará su libido hacia una nueva persona. Parcialmente insatisfecha se vuelve hacia la figura del médico, se anuda uno de los clisé existente en la persona (imago paterna, materna o de un hermano varón). Dicha transferencia es la proyección de las imágenes de los primeros vínculos de la infancia del paciente, sobre la figura del analista. (Freud, 1912/1991)

La transferencia representa en principio una resistencia, lo que implica un obstáculo para la cura, pero constatándose, que al repetirse la actualización de los contenidos inconscientes éstos dan cuenta de lo reprimido, pasan a transformarse en un insumo para el proceso terapéutico. Por lo tanto, es necesario que la transferencia sea interpretada y explicitada al paciente para que la misma ya no opere como resistencia al tratamiento. (Freud, 1991/1912)

Se reconocen dos tipos de transferencias en el encuentro analítico: por un lado la transferencia positiva que está en relación a las actualizaciones de contenidos tiernos, y la transferencia negativa referida a contenidos hostiles. (Freud, 1991/ 1912)

La escucha necesaria para la interpretación de la transferencia debe ser particular, con el fin de no poner especial atención en cierta información del paciente, lo que lo llevaría ignorar otra, obedeciendo a sus propias expectativas. Esta escucha, ayuda particularmente a recordar la información extensa de un mismo paciente, y no confundirla entre el recuerdo de fechas, nombres, detalles etc. A dicha forma de escucha se le dio el nombre “atención flotante” o “atención parejamente flotante” y se constituyó como uno de los fundamentos psicoanalíticos, que consiste en disponerse a la escucha abierta de todo y en tanto no enfocar la atención, en ningún punto en particular. (Freud, 1991/1912)

Se destaca así, la importancia de la escucha de la palabra del paciente, como el recurso y material fundamental en la clínica psicoanalítica. El conocimiento de la palabra del paciente, que es la llave de acceso a su inconsciente y sólo puede ser propiciada por él mismo, ya que el conocimiento impuesto implicaría aún mayores resistencias o una cura temprana. (Freud, 1991/1913)

Además se enfatiza en la importancia de decir allí, en el encuentro clínico todo cuanto al paciente se le ocurra. Exhortándose a guardar el “secreto” entre sus allegados para que los contenidos importantes referentes a su padecimiento sean proporcionados en la sesión analítica. (Freud, 1991/1913)

De esta forma, se pone de manifiesto el lugar clave y fundamental que adquiere la palabra desde la concepción misma del psicoanálisis, ya que es a través de ella que es posible la cura del paciente. Es el medio privilegiado de acceso a los contenidos latentes del paciente.

1.1. Otro aporte al lugar de la palabra en el espacio analítico: Jacques Lacan.

“Ya se dé por agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis no tiene sino un médium: la palabra del paciente” (Lacan, 2009/ 1971).

¿Toda palabra enunciada por el paciente, reviste de igual importancia para el psicoanálisis? Lacan (1979/1953) reconoce dos categorías: la palabra plena y la palabra vacía; y describe por palabra vacía a aquella expresada por el paciente en el análisis que no da cuenta sí, es decir, no es una palabra con contenido en el que se le pueda unir al analizado con su deseo. Por otra parte, la palabra plena es la que sí da cuenta de esto. Esta última es la que se reconoce como insumo terapéutico y es la que se encuentra más cerca de la verdad del sujeto. La palabra plena del paciente es justamente, la propicia para la experiencia analítica en el proceso de la cura. (Lacan, 1979/1953)

Toda palabra, incluso si no comunica nada, representa la existencia de la comunicación, la palabra constituye la verdad (Lacan, 1966/1979). Estos aportes contribuyen a la idea de que “hablar” no es lo mismo que “decir” y que puede existir un discurso vacío, aún estando lleno de palabras, y que no todas ellas se establecen igualmente como medio eficaz, para alcanzar lo substancial para el proceso analítico: que el paciente acceda a su verdad.

En la tarea de hacer consciente lo inconsciente, Lacan (1979/1953) define al inconsciente como “aquella parte del discurso concreto en cuanto trans-individual que

falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente” (p.79). Lo que implica, a mi entender, que es aquello que se escapa del sujeto, que al hacerse consiente rompe el discurso e irrumpe en el análisis.

Lacan (1979/1953) afirma que toda palabra llama a una respuesta, que no existe palabra sin respuesta y que la misma puede ser también el silencio. Es menester, que el analista tenga siempre presente, que éste es un silencio que demanda ser escuchado. El psicoanalista experimentará el silencio del paciente y buscará una respuesta, como Lacan (1979/1953) expresa:

Si es el vacío el que primeramente se hace oír, es en sí mismo donde lo experimentará y será más allá de la palabra donde buscará una realidad que colme ese vacío. Llega así a analizar el comportamiento del sujeto para encontrar en él lo que no dice (p.69).

Es un vacío que busca una respuesta, y lo apropiado es que el mismo paciente llegue a encontrarla. Para obtener esa confesión, es preciso que hable de ello. Vuelve entonces a recobrar la palabra. El llamado del paciente a decir su palabra, es un llamado a la verdad en su principio. (Lacan, 1979/1953)

1.2. La palabra y el lenguaje en la constitución del psiquismo.

Tanto el lenguaje como la palabra revisten de gran importancia para el psicoanálisis, no solo en referencia al espacio de análisis, sino que además juegan un papel fundamental en constitución del psiquismo y el advenimiento del sujeto.

¿Cómo intervienen las palabras y el lenguaje en el desarrollo del psiquismo?
¿Qué representan las primeras palabras del niño y los primeros sonidos que emite durante el juego?

En relación a lo anterior, Freud (1992/1920) realiza importantes aportes para pensar en las primeras palabras del niño durante el juego, en sus primeras etapas del desarrollo y como las mismas actúan de alguna manera, estructurando el psiquismo.

A través de la observación del juego del carretel Freud (1992/1920) pone especial atención al juego repetido de un niño de un año y medio (su nieto). Este niño pronunciaba tan solo unas pocas palabras y una de las primeras observaciones que realizó Freud es que éste, no lloraba cuando su madre se ausentaba. Además constató que el niño tenía el hábito de arrojar lejos de sí a sus juguetes. En el juego del carretel, en el momento que arroja el objeto, el niño acompaña este movimiento con la vocalización de: “fort”, que significa “se fue”, y de: “da” cuando al tirar del carretel trae consigo el objeto. De lo cual este autor, comprende que al arrojar sus juguetes estos desaparecían, para luego por sí mismo hacerlos volver, donde el mayor placer correspondía al segundo acto, donde se reencontraba con el objeto. (Freud, 1992/1920).

De esta manera con su “Fort-da”, el niño representa simbólicamente la partida de la madre que le ayuda a representar su ausencia. Y en cada vuelta del carretel sobre sí, tiene a su madre presente otra vez.

Se entramaba con el gran logro cultural del niño de admitir sin protestas la partida de la madre escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar (Freud, 1992/1920, p.15).

Entonces, de lo anterior se entiende que en el vínculo madre-hijo, “fort-da” es el uso del lenguaje utilizado por el niño, para poder mediante palabras, nombrar a la madre ausente y de esa manera representarla. Es una escena que refleja el acceso a lo simbólico, a través de la palabra que nombra la ausencia de la madre.

Assoun (1997) entiende que con el acto del juego del “fort-da”, el niño cambia la desesperación por nostalgia (p.79-80), no llora ya que da voz, vocaliza, la voz vuelve a poner a la madre ausente en su lugar. Es un niño que no permanece en silencio y pasivo sino que pasa a la nostalgia y “en lugar de pedido de auxilio imposible de proferir, en lugar de lágrimas y los gritos, convoca a sus fronteras y realiza mediante la voz la “renuncia pulsional”” (Assoun, 1997 p.80).

El niño en la vivencia era pasivo, es decir, que era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, a pesar de que dicha actividad fuera displacentera. Igualmente, con esas palabras (“fort-da”) profiere un discreto canto de despedida, lo que además, el mismo autor plantea que esas primeras palabras representan “una entrada en el lenguaje, pero aún no en la sintaxis”. (Assoun, 1997, p.80)

En cuanto al lenguaje, Lacan (1977/1964) realiza valiosos aportes, uno de ellos, es la afirmación: “el inconsciente es estructurado como un lenguaje” (p.32). Lo que pone de manifiesto la importancia del lenguaje para la constitución del sujeto. Para Lacan el lenguaje no es un sistema de signos, como planteaba Saussure, sino que es un sistema de significantes, los que constituyen la unidad básica del lenguaje (Evans, 1997).

Los significantes son “indestructibles sin sentido los que determinan al sujeto; los efectos del significante sobre el sujeto constituyen el inconsciente, y por lo tanto constituyen también la totalidad del campo del psicoanálisis” (Evans, 1997, p.177). Es importante destacar, que el significante y las palabras, no son lo mismo ya que el significante puede ser una fracción de palabra, un objeto, relaciones, e incluso actos sintomáticos. (Evans, 1997)

Por lo tanto, se piensa al niño sumergido dentro de un sistema de significantes y ello habla de él antes de su nacimiento. El niño está desde antes de nacer inscripto en una red de significantes donde se va a insertar, tomando lo necesario para poder vivir, y de esta forma se ve capturado en las redes que pertenecen al deseo del Otro (Rojas y Lora, 2008).

Los primeros vínculos se ven determinados no solo por el discurso en el sentido explícito, sino también, por aquello que no se dice, que se mantiene oculto a nivel inconsciente. “El discurso que se constituye alrededor del niño, viene a ocultar un no-dicho extremadamente complejo en el cual se bañan las primeras relaciones.”

(Rojas y Lora 2008.p.7-8). Lo dicho y lo no-dicho se ponen en juego en la constitución del sujeto y lo determinan.

En suma, el niño es hablado por otros y es a través de los otros que se inserta en el lenguaje y la cultura. Al ser hablados por otros, allí radica la importancia del lenguaje, somos sujetos del lenguaje por el significante y a través del lenguaje, como lo plantea Lacan, se accede a la cultura.

Vasse (1974) siguiendo los lineamientos y el camino trazado por Lacan, expresa que el niño es sujeto del discurso de sus padres antes de serlo del propio, y posee un lugar en el discurso que se le es asignado y él ocupa. El niño no es sujeto antes de nacer, sí está presente incluso, en el inconsciente de sus padres y esto quiere decir, que desde antes de nacer, se está inscripto en el lenguaje por el deseo de los padres.

La palabra de la madre y de los otros le da cuerpo al niño. En cuanto al efecto de la palabra en relación al cuerpo Vasse (1974) plantea que:

La palabra, en efecto, es un don de lenguaje (...) las palabras son tomadas de todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto. Por ello podrán embarazar a la histérica, representar el flujo de orina de la ambición uretral o el excremento del goce avaro (p.75).

Por lo tanto, las palabras construyen, constituyen y generan efectos en extrema relación con el cuerpo y con la imagen que tenemos del mismo.

Aulagnier (2007/1975) plantea que la introducción del niño en el lenguaje y la cultura es realizada por la madre, y que esta ejerce una violencia, que la autora denomina: "violencia primaria", ya que la misma está asociada al proceso de representación primario.

La psique realiza tres procesos de metabolización: originario, primario y secundario. Dichos procesos no están presentes desde un primer momento, se suceden y no se puede medir su duración (aunque el secundario es muy precoz) y la actividad de un nuevo proceso no implica el silenciamiento del anterior, dichos procesos se originan en la necesidad de metabolizar aquello que no se ha metabolizado en el proceso anterior (Aulagnier, 2007/1975, p.23). Por tanto, dicha autora señala que el niño accede al lenguaje a través la representación.

La representación es el trabajo que realiza la psique y se pone en relación con ella, tal como la metabolización se pone en relación con el organismo (al transformar elementos heterogéneos en homogéneos para el organismo), con la particularidad de

que en este caso lo absorbido no es un cuerpo físico, sino un elemento de información. Estos elementos se pueden agrupar en dos, por un lado los que sirven a la funcionalidad del sistema y por el otro los que no. El exceso de información que no puede ser procesada por el proceso originario obliga a desarrollar un siguiente proceso. Ese exceso corresponde a experiencias, una realidad que lo anticipa. (Aulaganier, 1975/ 2007)

La anticipación por parte de la realidad, justamente se anticipa a lo que el niño puede responder en ese momento. Este exceso puede ser de excitación, de protección, lo que excede siempre sus límites de respuesta y “esto quiere decir que la oferta precede a la demanda” (Aulagnier, pp.32-33). Las palabras y los actos maternos se anticipan a lo que el niño puede conocer.

“Ese “porta- voz” es la madre, habla al niño y del niño, se dirige al *infans*” (Auglanier, 2007/1975, p.34). En cuanto a la palabra niño, Labos (1998) explica que deriva del latín *infans*, se define como: mudo, el que no habla, infantil, que implica incapacidad de hablar, infacundia. Este último término deriva a su vez del latín *infacundus*, como no fecundo o que no halla palabras fácilmente para explicarse (Diccionario de la Real Academia Española, 2014). Supone un lugar que implica una estructura mental particular, quedando ubicado en un tiempo que antecede al lenguaje, lo que habitualmente se denomina pre-verbal (Labos, p.305).

Las palabras y el discurso materno son dados de forma anticipada al niño. El pecho es dado antes que la boca sepa que lo espera, desfasaje que ilustra la “violencia primaria” que la madre ejerce sobre el *infans*, a través de esa anticipación. La madre a través del discurso, ejerce un efecto de anticipación que ofrece al niño significaciones, que no puede metabolizar según el proceso originario. (Auglanier, 2007/1975).

La madre le habla al niño y habla del niño, es decir, que la madre en algún punto decide por el niño y esta es la “violencia primaria”, es una violencia necesaria. Pensamiento, elección o acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en el reconocimiento de algo necesario para el niño y que muchas veces es en detrimento del placer. Es un vínculo de asimetría donde el entorno familiar y la cultura no están ausentes y en esta primera etapa lo es a través de la psique materna. (Auglanier, 1975/2007)

El Otro a través de su voz y sus palabras introducen al niño (*infans*) en el lenguaje y el mundo. Al niño le es dada la palabra refiriéndose a cosas en torno él o de él (es lo que se llaman las producciones psíquicas maternas), discurso al que el *infans*

no puede asignarle significación, pudiendo sólo metabolizarlo en un material homogéneo respecto de la estructura. Dicha estructura está determinada por la producción de imágenes, que son previas a la representación. (Aulagnier, 2007/1975)

Entonces se podría reconocer a la madre, en principio, ocupando el lugar de Otro:

Es la madre quien primero ocupa la posición del gran Otro para el niño, porque es ella quien recibe el llanto, y los gritos primitivos y retroactivamente los sanciona como un mensaje particular (Evans, 1997p.143).

Para que un niño hable tiene que estar presente alguien con quien se identifique y cuyos sonidos repita pero a la vez la madre deberá desear que ese niño se inserte en el mundo social lo cual será imprescindible que acepte normas (Janin, 2012). Este punto se relaciona con lo ya expuesto sobre la violencia primaria y tanto Janin como Aulagnier, ponen el acento en lo social y en las normas que determinan la adquisición del lenguaje.

1.3. La voz y su lugar en el psicoanálisis.

“(...) el deseo pasa, atraviesa, el molinete del lenguaje, se baña en significantes, por ejemplo palabras, para hacerse conocer. Y al tomar, por ejemplo palabras, se instrumenta con la voz. (...)” (Gómez, 1999).

Ya sea nombrado o siendo nombrado: ¿Qué influencia han tenido las primeras voces para la constitución psíquica del niño? ¿Cuál es el lugar de la voz del niño para su propio proceso de estructuración? Se suma aquí un nuevo elemento como lo es: la voz.

Lacan (2016/1963) da cuenta de la función de la voz, en tanto es emitida por el Otro. Se refiere a la voz del Otro en lo real, la voz como soporte del significante y manifiesta que ese Gran Otro, lugar que primeramente para el niño, como se ha dicho, es ocupado por la madre.

En cuanto a la voz, Lacan (2016/1963) la define como una de las formas del objeto (a), es decir, como resto del ingreso del hombre a la cultura, al lenguaje, donde el hombre pasa a estar atravesado por el significante.

El objeto (a) es cualquier objeto que pone en movimiento el deseo, especialmente los objetos parciales que definen las pulsiones. Las pulsiones no intentan obtener el objeto a, sino girar en torno a él (...) El objeto a, pertenece al orden de lo imaginario y puede definirse como objeto de deseo, pero posteriormente Lacan lo “designa como lo que nunca puede alcanzarse, realmente causa de deseo. Es la causa y no aquello a lo que se tiende”. (Evans, 1997, p.141)

Esta definición de Evans (1997) pone de manifiesto como en la teoría de Lacan, el concepto de objeto (a) ha ido cambiando, en principio considerándose como objeto de la pulsión y posteriormente como causa de la misma.

Lacan en *La Lógica del Fantasma* (2003/1967) en su desarrollo acerca de los objetos de la pulsión, continúa señalando la voz como uno de esos objetos: “(...) en el seno, en la mirada, en la voz, estas piezas separables, sin embargo, profundamente religadas al cuerpo, he aquí de lo que se trata es el objeto (a) (...)” (p.5).

En relación a al objeto (a) y el deseo plantea que:

Estos objetos que son la apuesta, pero también la forjadura, objetos tomados en las fronteras, que funcionan al nivel de los bordes del cuerpo, objetos que conocemos bien en la dialéctica de las neurosis, sobre los cuales tenemos que volver aún y muchas veces para definir su precio y su valor, su cualidad de excepción. No tengo necesidad de recordarles el oral y el anal; pero si los otros, importantes, menos conocidos en el registro más íntimo que por relación a la demanda es constituido como deseo, se llaman la mirada y la voz. (Lacan, 2003/1967, p.232)

Entonces, de esta forma para Lacan (1963) la voz da cuenta de la falta, del resto que queda y surge como consecuencia del ingreso del hombre al lenguaje, y que pertenece al orden de lo Real. Que pertenezca al orden de lo Real implica que no se puede dar cuenta de esto y aclara que es solo una de las formas en las que se encuentra este resto, “la voz responde a lo que se dice, pero no puede responder de eso que se dice” (Lacan, 1963 p.298). Este resto surge como consecuencia del ingreso del sujeto al mundo de significantes. Lo que se busca es el objeto perdido, el objeto como ausencia, ausencia dada por la introducción del Otro a través de la pulsión. (Lacan, 1963)

Por lo tanto, la voz es el objeto de la pulsión invocante, dicha pulsión es la que nos impulsa a la búsqueda de un objeto(a) para llenar esa falta. La voz que nos habló por primera vez, otras voces que llegan al oído van a satisfacer parcialmente su búsqueda y a pesar de los intentos fallidos se siguió buscando (Lacan, 1963).

Lacan (1963) enuncia que todo lo que el sujeto recibe del Otro del lenguaje, es por la voz, es decir, que la experiencia posee carácter vocal. Pero a su vez expresa que en base a algunos casos donde la voz no puede ser escuchada (sordera), existen otros caminos por los cuales se recibe el lenguaje, de esta manera sostiene que “el lenguaje no es vocalización” (p.296). Esto quiere decir que la vocalización es solo una de las formas en las que se puede transmitir la palabra a través de la voz, pero no es la única. Por lo tanto, para este autor, el acceso al lenguaje y a lo simbólico es posible por la acción del Otro que lo posibilita de varias formas.

Por su parte, Vasse (1974) plantea que la voz además funciona como medio para acceder al lenguaje. Propone que: “la voz escuchada y pronunciada, desaloja al hombre del cuerpo biológico en el que se lo ha confinado en el espacio y el tiempo y lo lleva a habitar el lenguaje” (p.22).

La voz no se reduce solo a su relación con el sonido, sino también a su intención, a su producción, a su acción en sí misma.

(...) es en este vacío donde resuena la voz como distinta de las sonoridades, no modulada sino articulada. La voz en cuestión es la voz en cuanto imperativa, en tanto que reclama obediencia o convicción. Se sitúa, no respecto a la música, sino respecto a la palabra. (Lacan, 1963, p.298).

Esto quiere decir que la función del Otro también es generar o concebir un vacío donde esas voces puedan resonar, hacer eco, dotando de importancia el contenido que transmite la voz, cuando esta funciona como medio para la acción.

Se cita, para continuar ubicando dentro de esa función, cuál sería la importancia de la voz para la constitución psíquica del niño; tanto su voz, como así también la voz del Otro.

Si la voz, en el sentido en que nosotros la entendemos, tiene importancia, es porque no resuena en ningún vacío espacial (...) resuena en el vacío del Otro en cuanto tal, el *ex-nihilo* propiamente dicho. (Lacan, 1963 p.298).

Profundizando en las ideas de Lacan, en base a lo indicado el trabajo contemporáneo de Soto (2015) expone que el lenguaje, cuerpo, y voz se interceptan para dar cuenta de la posición única del sujeto. ¿Por qué una voz?, precisó que no es cualquiera, es la voz del Otro, y como este no puede ser cualquiera, esto va conllevar consecuencias a nivel subjetivo. Se podría decir que el Otro forma una estructura de lenguaje y es quien con sus acciones y también con sus palabras responde al llamado.

Se establecen así, como huellas marcando irremediabilmente y subjetivamente y de esta forma se construye un lugar simbólico, más allá de la voz (Soto, 2015).

Otra de las funciones correspondientes a la voz, según Soto (2015) deriva de que esta voz que se escucha no es asimilada, sino que se incorpora, es decir, pasa a formar parte, lo cual le da la categoría de modelador.

Sabsay de Foks (1966) plantea que por lo tanto, para el psicoanálisis, la voz es un elemento más por considerar ya que no sólo aparece como vehículo para transmitir, indirectamente, fantasías, afectos; “la voz es ella misma, manifestación de una fantasía, de un afecto” (p.1), lo cual la dota de características propias.

De esta forma la voz no es solo una vía para la comunicación, sino que “es” una expresión propia de contenido, que construye y se hace cuerpo.

Por otra parte, Nasio plantea que: “la voz, la mirada, el grito, o el seno que nos interesan no son el objeto real y palpable, sino el fantasma de ese objeto, su representación psíquica” (p.12), lo que se pone en relación con el objeto (a), donde la representación dice el objeto (Nasio en Gómez, 1999).

Otro importante aporte proporcionado por Nasio, es que desde el punto de vista analítico hay que diferenciar entre dos voces. Por un lado la voz audible, que se oye y es de variaciones mensurables como el canto, el decir, el hablar y por otro lado lo que llama “parcelas de la voz del Otro”, una voz embrionaria y estos son los acontecimientos que han operado como impactos psíquicos (hecha de sollozos, gritos, risas, susurros,) es una voz inmaterial incorpórea, que para hacerse oír debe cubrirse con la voz sonora. (Nasio, 1999).

Y si nos preguntamos... ¿a quién pertenecen las voces? ¿A la persona que las emite o a la que las escucha? Una respuesta posible sería en torno a lo trabajado por Gómez (1999) que formula:

La voz debe plantearse como estando en relación de banda de Moebius, o sea que ella recorre el interior y el exterior sin solución de continuidad. No existe interior sin exterior. Sale y entra sin salir ni entrar, como la hormiga que transita la banda, sin dar cuenta del punto de entrada ni del punto de salida. (p.51).

Por su parte Vasse (1974) destaca el carácter de “límite” que se le reconoce a la voz. Límite entre el sujeto y el lenguaje; y a su vez entre el sujeto y el cuerpo biológico, este último encargado de emitirlo, recibirlo o hacerlo resonar. Esas voces, plantea dicha autora, resuenan en nosotros pero no nos pertenecen, no pertenecen ni a uno y a otro.

Así mismo Gómez (1999) entiende que esas voces si pertenecen, tanto a quien la emite como a quien la escucha y que al emitir la voz se dan pautas de diferentes estados anímicos del emisor y provocan diferentes situaciones en el receptor. De esta manera la voz surge de uno y otro, pertenece a ambos y a su vez no les pertenece, ya que según este autor la voz estaría dotada de una existencia propia. Lo que concuerda con el aporte de Sabsay de Foks (1966) anteriormente mencionado.

Gómez (1999) expresa que las primeras voces que escuchamos son de gran importancia en los primeros momentos de la vida, en los cuales no articulamos palabras, pero si podemos utilizar la voz como vía de expresión. Con las voces escuchadas en los primeros momentos de la infancia, se reciben mensajes cifrados en términos que resultan incomprensibles para el niño; sin embargo, “receptamos las modulaciones, los tonos y el afecto que aquellos conllevan.” (Gómez p.16-17).

También la voz emitida desde el nacimiento reviste de importancia, tanto para el recién nacido, como para el entorno, que la espera. Esta puede ser una voz o cualquier sonido que emita. Ya que al momento de nacer se espera que el ser humano emita algún sonido, esto se prolonga durante toda la vida, incluso hasta el momento de la muerte, donde también se espera escuchar sus últimas palabras (Gómez, 1999).

En el nacimiento del bebe, se espera oír su voz, se espera que este emita un sonido. Vasse (1974) caracteriza la importancia tanto de la voz como del ombligo y su relación en la estructuración psíquica del niño y su unidad, y cómo estos inciden en el acceso al mundo del lenguaje. Esta autora postula que: “la voz se inscribe en la ruptura umbilical” (p.17). ¿Qué quiere decir esto? Que la tensión puesta en el corte y el cierre umbilical se relacionan con el primer grito, que da cuenta de la respiración. Es un acto que implica la separación física de la madre y el principio del acceso a la cultura. El ombligo es cierre y la voz es apertura (posibilidad), lo que Vasse (1974) llama “subversión del cierre”, donde la voz atraviesa el cierre sin por ello interrumpirlo. (Vasse, 1974).

Entonces, ¿la voz determina el cuerpo o el cuerpo es quien determina la existencia de la voz? No se trata de una relación causa efecto sino de un “surgir” en relación constante.

La voz da cuenta de la relación entre el cuerpo (lo tangible) y su representación, los aspectos inconscientes. Vasse (1974) expresa que para el niño el corte y el cierre del cordón umbilical es una ruptura que le da vida desde el deseo de los padres, y desde su primer grito en el que el aire recorre, pero ese aire no es solo el físico sino las voces de los otros, los significantes y todo lo que habita el espacio, los otros, el placer, el displacer, etc. En el acto del nacimiento del niño, donde se escucha el llanto, “la conmoción de esta significante por la voz o la agitación del bebé es la que –toca- el deseo que experimenta la madre de cuidar al niño y que le hace decir en forma invertida: “tiene hambre” o “está mojado”” (Vasse.p.75). En los primeros momentos de la vida “emitimos solo algunos sonidos primitivos imprescindibles pero suficientes para que alguien advertido los descifre y subvenga a nuestras necesidades.”(Gómez, 1999. p16).

Tanto la voz enunciada como las voces que resuenan y habitan en los silencios configuran huellas que marcan y nos acompañan a lo largo de toda nuestra vida (Labos, 1998). De esta manera es que la estrecha relación entre el silencio, las voces y las palabras en tanto componentes fundamentales que nos configuran, siendo las voces una de las vías de las palabras las cuales hacen eco y se propagan en el silencio.

Capítulo 2. El silencio y sus connotaciones desde el psicoanálisis:

2. Generalidades sobre el silencio desde el psicoanálisis.

¿Es lo mismo callar que guardar silencio? La palabra “silencio” (Real Academia Española, 2014) proviene del latín *silentium* y conceptualmente connota varios significados: abstención de hablar, pausa musical, o falta de ruido. Diferentes definiciones que varían según el contexto a la que se aplican. Así mismo, “callar” también proviene del latín, de *callare*, que es definido como: omitir o no decir algo, no hablar, guardar silencio, cesar de hablar (Real Academia Española, 2014). Entonces en su definición vulgar se podría afirmar de forma apresurada, que son sinónimos. Además que en expresiones coloquiales se utilizan indistintamente.

Lacan (2003/1967) expresa que “*tacere no es silere*” (Lacan, p.169). El callar entonces es propio del sujeto que habla, “es cuando la demanda calla que la pulsión comienza”, “*Taceo, no es Sileo*” (Lacan, p.169). Callarse esta en relación con Taceo, por lo tanto implica no hablar, de forma voluntaria de algo con connotación existente (por represión, o inhibición). Sin embargo, *sileo* refiere al silencio de la palabra en espera, la que aún no ha advenido, o le es oculta de manera involuntaria. El silencio por lo tanto está repleto de voces las cuales no solo están calladas, sino silenciadas (Taceo y Sileo). Voces que se acoplan a palabras que no solo no se dicen, sino que muchas veces no se encuentran, porque tampoco se ha accedido a ellas. Son voces que permanecen en silencio dentro, pero existen como huella y resuenan.

En suma, a pesar de que ambas nociones, tanto silenciar como callar, se suelen utilizar e incluso definir como sinónimos podemos, diferenciar *sileo* de *taceo* y comprender que estar en silencio no es lo mismo que estar callado.

Por su parte, Nasio (1987) explica que el silencio es el resultado de la palabra que está en espera, y es creado por la palabra, de la misma forma que el vaso (como contenedor) crea el vacío. Proponiendo que el silencio que alude a callar es distinto al silencio por la palabra que falta. Por lo tanto, el silencio se encuentra inscripto dentro del lenguaje y en relación con lo que aún no se ha producido.

Nasio (1998/1992) plantea que la primera palabra que separa es el grito, para el psicoanálisis el grito tiene valor de demanda.

Zimmerman (2013) inspirado en los planteos de Lacan, afirma que coexisten palabras en el silencio, ya que “el silencio constituye un nudo cerrado que puede resonar cuando lo atraviesa y hasta lo agujerea el grito “(p.3).

El silencio no solo se oye, ya que se encuentra habitado por múltiples voces, y estas resuenan en él ; son las voces más diversas, que dicen las palabras y contienen los más diversos sentidos, por lo tanto, las voces que están en el silencio también pueden ser escuchadas. (Gómez, 1999)

Entonces, sería apropiado en vez de referirnos al silencio únicamente, denominarlo como “silencios” para considerar las amplias formas en las que este puede desplegarse, desde su definición, hasta las múltiples formas en las que da cuerpo y espacio al surgimiento de lo que irrumpe, para hacerse escuchar.

2.1. El silencio en la constitución psíquica.

Si la palabra conlleva una gran relevancia para la constitución del sujeto y el ingreso a la cultura: ¿Qué ocurre entonces cuando se está en silencio? ¿Qué es lo que se escucha? ¿Cómo escuchar lo silenciado? ¿Qué hay detrás de lo que no se puede decir?

En el anterior capítulo, se ha destacado la función de la palabra y las voces, pero a continuación se introduce, mediante los aportes de Winnicott, una posible función del silencio como posibilitador.

Winnicott (1958/1981) plantea que en cuanto al desarrollo del niño no solo la palabra del otro tiene incidencia en la conformación de los pilares del psiquismo, también la misma presencia, incluso en silencio, posibilita inaugurar características de esencial importancia en su interacción con el mundo. Es esta capacidad, lo que el autor cataloga como “capacidad para estar a solas”.

Aunque el estar a solas se constituye en el transcurso de vivir múltiples experiencias, existe una de ellas la cual Winnicott (1981/1958) ubica como particularmente primordial, “se trata de la experiencia vivida en la infancia y en la niñez, de estar solo en presencia de la madre” (p.33).

La capacidad para estar a solas es una instancia en el proceso de maduración psíquica, que implica una maduración en el desarrollo emocional. En la misma, se puede reconocer la capacidad del individuo para estar solo en cualquier contexto. Sin embargo, esta es posible principalmente al estar solo en presencia de otra persona. En el caso del niño podríamos decir que es ante la presencia de la madre o madre “sustitutiva” (la llamaría Winnicott), y es ése alguien, que en los primeros momentos de vida del niño esté a su disposición, cumpliendo esa función. Para que este estar a solas sea posible, es necesaria la confianza otorgada por el entorno (en este caso la madre), y que el niño pueda interiorizar a la otra persona, igualmente, como alguien de confianza. (Winnicott, 1958/1981)

Es un estar solo para el cual se necesita tener conciencia de separación de la madre, tener conciencia de sí. A través de la satisfacción de los “instintos” (Winnicott) se va creando una creencia de un medio ambiente “benigno” libre de una angustia persecutoria introyectando a la madre sin necesidad de buscarla a ella o a un símbolo que la represente (Winnicott, 1958/1981). ¿Podríamos comparar esta presencia introyectada, con los ecos de las primeras voces?

Es necesario que otro esté presente, pero que no exija nada, así el niño recibe el apoyo de un ego (yo), de confianza que le sostendrá el suyo, en el caso de que su organización sea débil. Alguien que de alguna manera es posteriormente igualado a la madre. (Winnicott, 1981/1958)

Esta capacidad para estar a solas en presencia de un otro se caracteriza por lo que llamaría el adulto como “relajarse” (Winnicott, 1958/1981), donde sus movimientos son tranquilos, y se siente sin amenazas, es una capacidad que es sumamente necesaria para su posterior desarrollo en interacción con los otros.

La capacidad del niño para estar a solas en presencia de otro se despliega también en la clínica. Este silencio dado por el analista es el que posibilita también en la clínica psicoanalítica con niños, que la capacidad para estar a solas en presencia de otro se siga consolidando.

Winnicott (1941) a través su experiencia en su trabajo clínico con niños, mediante la observación constató, lo que él ha denominado “la situación fija”. En el trabajo con el niño pequeño y su madre en la clínica, él propone la siguiente consigna: la madre se sienta con el niño en brazos frente al analista, con mesa mediante y coloca sobre la misma una espátula y observa la reacción del niño, y cómo este se aproxima al objeto. Desde luego, se procura que la madre, al igual que el analista se

mantenga en silencio y no intervenga, aunque se pueda ver tentada a hacerlo. Se torna evidentemente que el niño, ansía tocar el objeto. (Winnicott, 1941)

Sobre este escenario, Winnicott (1941) reconoce tres etapas: un primer momento en el que el niño coloca su mano sobre la espátula y mira tanto a su madre como al analista, quedando inmóvil, lo que puede ir acompañado de esconder su cabeza junto a su madre. Luego de que el niño reconoce que se encuentra en un medio confiable, se da paso a la segunda fase, donde vuelve a tener intenciones de tomar la espátula y en la cual se mantiene quieto pero sin rigidez, con confianza en sí mismo. Toma la espátula y la introduce en su boca. Posteriormente, ya en una tercera fase lo deja caer al suelo, lo comparte con su madre y el analista o pierde su interés y toma otro objeto. Este proceso se da gracias a la confianza proporcionada tanto por la madre como por el analista, no de forma verbal, sino a través de expresiones no-verbales. (Winnicott, 1941).

En suma, lo fundamental en este punto, es reconocer que si bien, como se ha señalado a lo largo del primer capítulo, la palabra y las voces juegan un rol sumamente importante en la constitución psíquica, convirtiéndose en agentes imprescindibles para la constitución del sujeto y la inserción en la cultura; también el silencio, posibilitado de la manera adecuada, se convierte en importante para el desarrollo.

Es esencial destacar, que en este caso, que el silencio sea posibilitado de la manera adecuada, implica que no se emite el mensaje de manera vocal, pero es un silencio que en sí alberga afectos, no se emite desde el vacío o la ausencia, no es ignorar al niño, sino que es dado con la presencia y con una intención, habilitando y generando un espacio para que el niño se desarrolle.

2.2 El silencio en el espacio analítico.

Dada la gran importancia que el psicoanálisis otorga a la palabra, ¿Qué ocurre cuando no es posible conocer la palabra del paciente y a cambio se escucha un profundo silencio?

En sus primeros escritos Freud (1912/1991) hace referencia al silencio del paciente, donde no se tiene acceso a la palabra, y queda detenida la asociación libre, esto es entendida como un fenómeno de la transferencia.

El silencio del paciente podría ser entendido, como consecuencia de la acción de la resistencia a hablar de la causa de su padecimiento. En ese caso Freud (1912), aconseja decirle al mismo, que esa detención corresponde a algo que refiere a la figura del analista. Es decir, poner de manifiesto la interpretación de la transferencia y que de esa manera el paciente continúe su discurso.

Por otra parte, Gómez (1999) considera que el silencio, es el marco donde se inscribe la voz en el análisis:

El analizante se calla en tanto tiene que oír y escuchar su voz que, seguramente, enunciaría una verdad insoportable porque es la verdad de lo reprimido inconsciente (...) esa verdad que es nuestra brújula, aquella que orienta la cura. La que funda, incuestionablemente, nuestra ética” (p.112).

¿Cuáles son las causas del silencio del paciente? Robert Fliess (1987/1949) en su teorización sobre el silencio y la verbalización (Fliess citado en Nasio, 1987) plantea que existen efectos erógenos de la descarga pulsional en relación con el lenguaje y que existen también efectos de la verbalización sobre la represión. Se observa que el niño adquiere el lenguaje al mismo tiempo que el control esfinteriano, entonces “la actividad de hablar reemplaza a la actividad de las aberturas del cuerpo, las palabras por su parte se convierten en sustitutos de las sustancias corporales” (Fliess citado en Nasio 1987, p.60). Así describe, una correspondencia entre las fases sexuales y la gestión de las palabras. Concluye Fliess, que el silencio por tanto, puede ser interpretado paralelamente con un cierre esfinteriano, y el perder el habla, lo que implicaría devenir en “infans”.

Rotblat (2002) se refiere a las distintas “figuras” del silencio y menciona el silencio primordial, silencio defensivo que petrifica y desanuda de la palabra, silencios puros que no devienen en marca. El silencio puede ser entendido en la clínica como la vibración de lo real “testimonio del objeto perdido” (forma de objeto (a) Según Lacan y anteriormente desarrollado), (...) “El silencio deviene fantasma en la medida que el sujeto arma la escena sobre el mundo haciendo suyas las letras de Otro”. (Rotblat, 2002, p. 1-2).

¿Cómo se trabaja en la clínica psicoanalítica a partir del silencio? Una propuesta es desarrollada por parte de Pereira (1958), que en uno de sus artículos, destaca la importancia del análisis de la contratransferencia como una herramienta de trabajo con el silencio. Según Pereira (1958) se puede considerar al silencio, como forma analítica además de la palabra y el gesto. Para este autor “los contenidos contratransferenciales y su análisis en ese momento, son el recurso interpretativo del silencio” (1958, p.1). Destaca la importancia de la interpretación de la contratransferencia, para habilitar al paciente, y poner en palabras aquello por lo que guarda silencio.

Además, otro de los elementos centrales para Pereira (1958), es que la interpretación de la contratransferencia, permite poner ese silencio, que por determinadas ideas impiden la verbalización del paciente, en relación con las fantasías y las vivencias que tiene el analista en ese encuentro. Esta interpretación “incluye no sólo el contenido sino también la forma” (Pereira, 1958, p.1).

¿No sería arriesgado asegurar que las fantasías que se “generan” en el analista, allí puestas, solo pertenecen al fenómeno contra-transferencial? ¿No se estaría cerca de caer en una interpretación apresurada?

Pereira (1958) subraya que si bien la interpretación puede ser percibida de manera inquietante, la actitud de espera no siempre es adecuada. Reconoce la existencia de silencios “que no dicen nada” (p.16), y considera que esta situación debe también ser interpretada en términos de vivencia contra-transferencial.

Continuando con los lineamientos de Pereira (1958) podríamos decir que describe ciertos casos clínicos a los cuales otorga algunas interpretaciones al silencio del paciente. Los mismos pueden ser de carácter mágico-regresivos, fantasías de inmovilización, pérdida de objetos valiosos (elementos de su mundo interno). También temores a dañar y ser dañado por las palabras, de poder alejar (especialmente) determinadas ideas que serían “acercadas” por las palabras (p.2).

Por ende, su trabajo también es en función de “lo callado”, considerando que su contenido es activamente silenciado por el paciente por algún motivo y que este motivo puede ser activado por la interpretación (Pereira, 1958, p.5). Afirma, que se inclina a interpretar la situación de silencio, como el miedo a la pérdida de un objeto o, más adecuadamente, de una relación objetal que mágicamente (omnipotentemente) desea mantener inmóvil: “no hablar para no perder, para no modificar” (p.11).

En definitiva, la relación analítica según este autor, no se interrumpe con el silencio del paciente sino que adopta formas, transferenciales y contratransferenciales especiales. Sostiene que la intención del silencio es diversa y depende del contenido de “maldad o bondad” de los objetos vehiculizados en las palabras calladas y la única forma puede ser captada por nuestra vivencia contratransferencial. (Pereira, 1958).

No obstante, otras posturas como la de Winnicott (1963) expresan que no siempre sería pertinente interpretar. En este sentido, el silencio es entendido desde una mirada habilitante, de despliegue, donde uno en el silencio del otro, puede encontrarse también a sí mismo. Resulta interesante la forma en que él teorizó sobre la posición silenciosa del analista y dió nuevas posibilidades de interpretación del silencio del paciente, en el caso de los niños. Incluso sugiere la no interpretación, sino el permitir su despliegue y las producciones que viabiliza.

Asimismo, para Winnicott (1963) el silencio que mantiene el analista, se torna una herramienta que permite lograr que el analizante, llegue a sus propias interpretaciones, a las que únicamente llegaría con la actitud silenciosa del mismo. Dicha actitud, le otorgaría al paciente el tiempo necesario para “procesar”, y estar apto para la interpretación. Permitiendo a su vez que el paciente sea quien realice su propia interpretación, del silencio adoptado por el analista. (Winnicott, 2006/1963)

Incluso para Winnicott, en ese entonces, el silencio se configuró como el elemento fundamental para el tratamiento psicoanalítico y puntualiza lo siguiente:

En la actualidad, la base del tratamiento es mi silencio. Toda la Semana pasada permanecí en un silencio absoluto, salvo por un comentario que hice muy al principio. A la paciente esto le parece un logro suyo, mantenerme silencioso. (2006/1963, p.104).

Así mismo, resulta interesante hacer referencia, a lo propuesto y puntualizado por Nasio (En Gómez, 2012) en un dialogo con Ana María Gómez, en relación a los lineamientos lacanianos sobre el lugar del analista y el trabajo en la clínica psicoanalítica. Este autor, enuncia que si bien la clínica es fundamentalmente definida

por la experiencia, sostiene que “la experiencia del análisis no es una experiencia de la palabra” (Nasio en Gómez, 2012, p.2). Expresa que, no importa efectivamente la palabra dicha, sino la palabra rota, detenida, mal dicha, el lapsus, lo que implica explorar los límites de la palabra, donde no hay palabras que describan lo Real, ya que para este autor, de lo Real es el trabajo en la clínica psicoanalítica. Señala que la experiencia analítica, es una supuesta experiencia de la palabra, pero en la que domina predominantemente el goce, es una experiencia con el objeto, posición lacaniana donde el lugar del analista no ha de ser en relación con la palabra. El analista, según este autor si bien interviene, interpreta, esa no es la función principal. Para Nasio, (En Gómez, 2012) el analista no es un interlocutor que está allí para interpretar, sino que su función es encontrar el lugar silencioso de la tensión libidinal según Freud y que desde Lacan podría llamarse goce u objeto a. (p.3). El analista no busca interpretar, sino que su función es acercarse al límite donde no hay palabras, ni del paciente y palabras que ni el mismo las posee. (Nasio en Gómez, 2012)

Por otra parte, Levín (2004) invita a pensar en un psicoanálisis de lo indecible, pensando desde la clínica psicoanalítica con el niño, donde la palabra se configura como “borde”. Este borde delimita lo que conocemos y lo que no conocemos, pero existe y ejerce influencia. Eso que no conocemos, que se encuentra “más allá”, fuera del alcance de la palabra y “concluye el alcance de la palabra hasta confundirse con lo pulsional” (Levín, 2004, p.337). Para este autor, hay un inconsciente más allá de la palabra.

Lo indecible desde la pura emocionalidad del infante, “cercada solamente por las palabras de adultos hablados que lo rodean, intentan explicitarlo” (Levín, 2004, p.337). Plantea que, lo que circula entre nosotros denominado como “vacío”, es lo indecible, sin representación para quien advino al lenguaje (sujeto)...”no falto de contenidos sino inhabilitado a la representación de palabra de dichos contenidos” (Levín, 2004, p.339). Asimismo, estos silencios no representan vacío o ausencia, sino que suelen ser la expresión de la presencia de lo indecible. Lo indecible como aquello que es causa del sufrimiento, lo indecible que no se sabe, que se nos mantiene oculto, pero tiene efectos. (Levin, 2004)

Finalmente, cabe destacar, que los múltiples aportes, abren caminos y generan nuevas interrogantes sobre importancia que silencio ha tenido y tiene, para el campo psicoanalítico, dando cuenta de su complejidad, y de un trabajo en permanente construcción.

Reflexiones finales:

Se subraya que los alcances del tema, en principio, son sumamente vastos, al igual que la producción de conocimiento en relación al mismo. Aquí se recurre al abordaje de los conceptos fundamentales, para realizar una aproximación y sondear con el fin de construir una fuente para posteriores profundizaciones.

Se pone de manifiesto, la gran importancia que la palabra ha adquirido para la teoría psicoanalítica desde sus orígenes hasta la actualidad y se sigue consolidando como el medio por excelencia. De igual forma, el silencio también reviste de importancia para el psicoanálisis, y propone desafíos, ya que implica explorar los límites de la palabra. En general el silencio que guarda el paciente no está vacío, sino que poblado de voces y/o de palabras e incluso grito.

Para el psicoanálisis la palabra del paciente es un elemento fundamental, pero también es posible el trabajo a partir del silencio del paciente y el mismo requiere un trabajo particular de escucha, para reconocer ante qué tipo de silencio se está y cuál sería la forma más adecuada de abordaje. Se torna necesario vislumbrar, que no es lo mismo callar, que silenciar o estar en silencio. Entonces, conviene en general, no referirse a “el silencio” sino a “los silencios” en referencia a un espectro de variadas formas de silencios. Los silencios dicen, hay voces que se hacen escuchar en esos silencios, voces de otras voces, que hacen eco y hay que mantenerse cautos al escucharlos, sin apresurarse a interpretar o intervenir.

El silencio, la palabra y la voz, tres nociones que en principio resultan definidas, pero posteriormente, los bordes que las delimitan se vuelven difusos. En el presente trabajo se observó que ni bien nos adentramos en su desarrollo, percibimos que en su definición, co-existencia están dotados de una gran complejidad. En principio, porque la palabra, no solo es importante para el psicoanálisis dentro del espacio analítico, sino que igualmente, cobra relevancia para la constitución psíquica, incluso en su relación con el lenguaje, incidiendo en el advenimiento del sujeto humano. Además de que las palabras que se emiten en el ámbito clínico, pueden tener o no incidencia directa en la cura, es decir, existen palabras que dicen algo sobre la verdad del sujeto y otras que no.

Por lo tanto, ante este panorama se puede vislumbrar que esas líneas divisorias que a priori eran evidentes y nítidas, resultan ser difusas. Se ve recubierta

de una gran complejidad y riqueza, dando paso a un terreno fértil para el estudio, profundización, búsqueda de nexos e incluso investigación. Al ser alimentadas por nuevos cuestionamientos, aquellas nociones que pasan desapercibidas o son naturalizadas, cobrarían protagonismo y resultarían enriquecedoras si las ponemos a disposición del trabajo analítico contemporáneo.

Este trabajo ha aportado insumos que invitan a seguir investigando y abren camino a nuevas interrogantes, sobre la existencia de los espacios adecuados para escuchar el silencio. El ámbito clínico psicoanalítico, es uno de esos espacios. ¿Cómo es el trabajo de los psicoanalistas contemporáneos de nuestro país, en los casos donde el paciente está en silencio? Sería oportuno además, pensar en la contemporaneidad y la instantaneidad, ¿tenemos tiempo para escuchar lo silenciado?

Referencias bibliográficas:

Assoun, P.L. (1997). *La mirada y la voz: Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Aulagnier, P. (2007). *La Violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Buenos aires: Amorrortu Editores.(Trabajo original publicado en 1975)

Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Fliess, R. (1987). *Sobre el Silencio y la verbalización*. En Nasio, J.D. *El silencio en psicoanálisis*. (pp. 57-75). Buenos Aires: Amorrortu editores (Trabajo original en 1949).

Freud, S y Breuer, J. (1992). *Estudios sobre la Histeria*. . En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud*. (Vol. II).Buenos Aires.: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1893-1895).

Freud, S. (1991). *Trabajos sobre Técnica psicoanalítica y otras obras*. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas: Sigmund Freud*. (Vol.XII). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911-1913)

Freud, S. (1992). *Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo*. En J.L Etcheverry *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920).

Gómez, A.M. (1999). *La Voz, ese instrumento....* Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Gómez, A.M. (27 de noviembre, 2012). *Entrevista a Juan David Nasio: "Acerca de la clínica: el lugar del analista"*. Diálogo con Ana María Gómez. En *Grupos Clínicos de Buenos Aires*. Recuperado de <http://gruposclinicos.com/juan-david-nasio-acerca-de-la-clinica-dialogo-con-ana-maria-gomez/2012/11/>

Janin, B. (1985/ 2012). Sobre la constitución del lenguaje. *Ficha publicada por el Centro de Publicaciones de la Facultad de Psicología para la Cátedra de Psicología Evolutiva*. N°49. Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/2012/Sobre_lenguaje_Janin.pdf?sequence=1

Labos, E. (1998). Niños en psicoanálisis. En *Psicoanálisis APdeBA*. 20(2): 305-329. Buenos Aires. Recuperado de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Labos.pdf>

Lacan, J. (1979). Escritos 1. *Función y campo del lenguaje y la palabra en psicoanálisis*. Escritos 1. Pp. 231-311 México: Siglo XXI editores. (Trabajo original publicado en 1953).

Lacan, J (1977). Jacques Lacan: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* Seminario. Seminario XI. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. (Trabajo original de 1964). España: Barral Editores.

Lacan, J. (2016). *Sobre la angustia*. Seminario 10. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original en 1963)

Lacan, J (2003). *Jaques Lacan: La lógica del Fantasma*. Seminario 14. Clase del 12 de abril de 1967. Jacques Lacan. La lógica del fantasma. Seminario 14. Buenos Aires. Versión íntegra. (Trabajo original de 1967)

Levín, R. (2004) Hacia un psicoanálisis de lo indecible. En *Psicoanálisis APdeBA* .26 (2): 337-350. Recuperado de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Lev%C3%ADn.pdf>

Nasio, J.D. (1987). *El silencio en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Nasio, J.D. (1998). Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan. (Trabajo original publicado en 1992). Barcelona: Editorial Gedisa.

Nasio, J.D. (1999). Prólogo. En Gómez, A.M. (1999). *La Voz, ese instrumento...* Barcelona. (pp.11-13) España: Gedisa.

Pereira Anavitarte, J. (1958). Acerca de la interpretación del silencio. *Revista uruguaya de psicoanálisis*. 2 (03). Asociación psicoanalítica del Uruguay (APU). Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/1950/168872471958020303.pdf>

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la Lengua española*. Consultado en <http://www.rae.es/>

Rojas, X y Lora, M.E. (2008). El Niño como sujeto desde el psicoanálisis. En *Ajayu*. 6 (2): 231-247. Universidad Católica Boliviana San Pablo La Paz, Bolivia. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/4615/461545470006.pdf>

Rotblat, K. (2002). Notas Sobre el Silencio: Las figuras del Silencio. Jornadas de la Red de Seminarios. Escuela Freudiana de Buenos Aires (Efba). Recuperado de http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_539.pdf

Sabsays de Foks, G. (julio de 1966). Algunos aspectos de la importancia de la voz en relación con la transferencia- contratransferencia. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*. 8 (03): 231-237. Asociación psicoanalítica del Uruguay (APU). Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/1960/168872471966080304.pdf>

Soto Echavarría, C.A. (Julio de 2015). El objeto voz: Ecos y Semblantes. En *Revista Borromeo*. (6): 112-133 Argentina: Universidad Jonh F.Kennedy. Recuperado de <http://borromeo.kennedy.edu.ar/ArticulosNuevos/SotoEchavarr%C3%ADa62015.pdf>

Vasse, D. (1974/ Ed 2001). *El ombligo y la voz: Psicoanálisis de dos niños*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Winnicott, D (1958). Escritos de pediatría y psicoanálisis. Observación de niños en una situación fija. (pp.79-102). (Trabajo original de 1941). Barcelona: Laia.

Winnicott, D. (2006). (Ed. Winnicott, C, Shepherd, R, Davis, M.) Donald W. Winnicott. Exploraciones psicoanalíticas I. *Dos notas sobre el uso del silencio*. (Pp. 104-111). (Trabajo Original publicado en 1963). Buenos Aires: Paidós.

Winnicott, D. (1981). La capacidad para estar a solas. En *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. (pp.31-40). Barcelona España: Editorial Laia. (Trabajo Original en 1958).

Zimmerman, D. (2013). *La Voz entre el Decir y la Palabra*. Reunión Latinoamericana de Psicoanálisis. Buenos Aires. Recuperado de http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1678.pdf